

El viento frío.

René

del Risco
Bermúdez

© Herederos de René del Risco
© Ediciones del Cielonaranja, 2004
Diseño y edición: Miguel D. Mena

Primera Edición: 1967
Visite nuestras páginas:
<http://www.cielonaranja.com>



Ediciones del Cielonaranja
Santo Domingo – Berlín 2004

*Te llamas Vicky, Luisa, Aura, Rosa
y no importa...*

*A ti,
porque en esta ciudad mueres conmigo,
me acompañas,
y no haces más que repetirme
en mis palabras!*

*"Aquí y cada día
y cada hora y cada segundo
me he negado a morir.
Aquí odio la vida, sin embargo".*

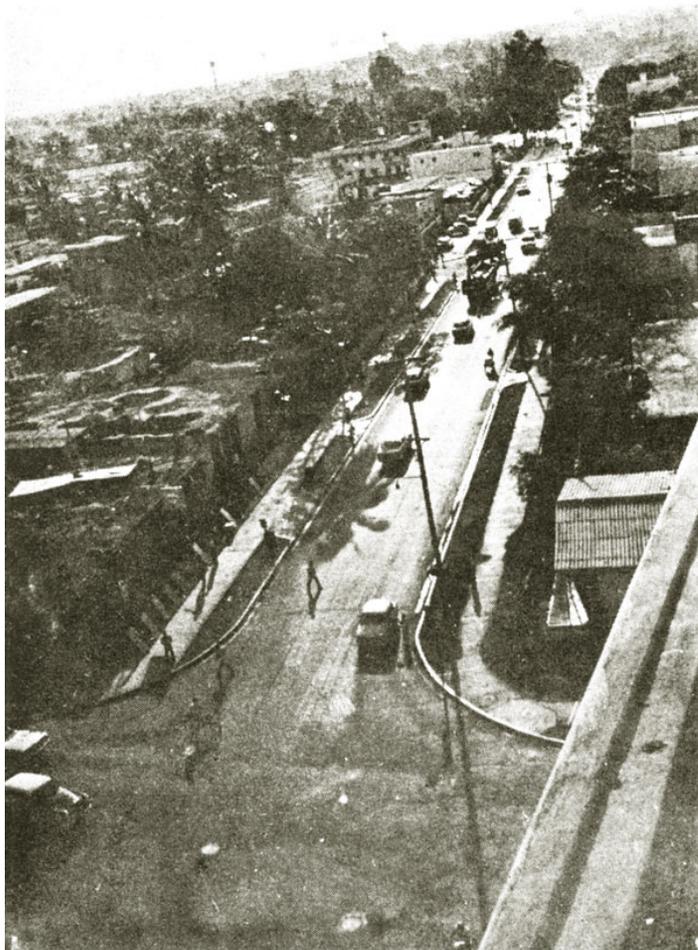
*"...Odio y amo.
(Amo con demasiado amor)"*

José Ángel Valente
(Sobre el lugar del canto)

El viento frío

Debo saludar la tarde desde lo alto,
poner mis palabras del lado de la vida
y confundirme con los hombres
por calles en donde empieza a caer la noche.
Debo buscar la sonrisa de mis camaradas
y tocar en el hombro a una mujer
que lee revistas mordiendo un cigarrillo;
ya no es hora de contar sordas historias,
episodios de irremediable llanto,
todo perdido, terminado...
Ahora estamos frente a otro tiempo
del que no podemos salir hacia atrás,
estamos frente a las voces y las risas,
alguien alza en sus brazos a un niño,
otros hay que destapan botellas
buscan entretenidamente alguna dirección,
una calle, una casa pintada de verde
con balcones hacia el mar...
Debo buscar a los demás,
a la muchacha que cruza la ciudad
con extraños perfumes en los labios,
al hombre que hace vasijas de metal,
a los que van amargamente alegres a las
fiestas.
Debo saludar a los camaradas indiferentes

y a los que viajan hacia otra parte del
mundo,
porque todo ha cambiado de repente
y se ha extinguido la pequeña llama
que un instante nos azotó,
quemó las manos de alguien, el cabello,
la cabeza de alguien.
Ahora se acaban aquellas palabras,
se harán ceniza del corazón,
se quedarán para uno mismo...
Es hermoso ahora besar la espalda de la
esposa,
la muchacha vistiéndose en un edificio
cercano,
el viento frío que acerca su hocico suave
a las paredes,
que toca la nariz, que entra en nosotros
y sigue lentamente por la calle,
por toda la ciudad...



Belicia, mi amiga...

Belicia, mi amiga,
tú y yo debemos comprender
que estamos en el mundo nuevamente...
Bajo los pájaros, junto a los vendedores,
entre alegres muchachas
con trajes adornados.
Estamos nuevamente en la ciudad,
en las provincias,
leyendo los periódicos,
seleccionando perfumes y corbatas,
gesticulando festivamente
como pequeño-burgueses...
Belicia, mi amiga,
tal vez debamos ya cambiar estas palabras.
Atrás quedaron las humaredas y zapatos
vacíos,
y cabellos flotando tristemente...
Ya no son tan importantes los demás,
ni siquiera tú eres tan importante;
podemos marcharnos, separarnos,
y nadie lo reprochará por mucho tiempo,
ni siquiera tú, Belicia.
Estás nuevamente en la ciudad,
entre los parques y las cafeterías

y los grandes anuncios de los
cinematógrafos.
El sol nace entre los árboles cada día,
y los hombres salen a la calle
con trajes y espejuelos,
otros lustran sus automóviles,
y tú, con una cinta perfumada
recoges tus cabellos encima de la nuca...
Todo es distinto a lo de ayer.
Ahora tú puedes enfadarte conmigo,
cantar simples canciones,
viajar a tu pueblo entre la brisa...
Y yo podré tranquilamente comprar un
libro,
preferir tranquilamente estar en casa.
Pero no podremos otra vez
estar de manos sobre aquella ceniza,
ni nadie contestaría tus preguntas
acerca de la muerte en los tejados...
Porque hemos regresado, Belicia.
Ahora paseamos junto a los jardines
y discutimos de otras cosas,
y yo no admito tu dureza,
y tú descubres mi egoísmo
y en fin, Belicia, amiga mía,
ya los demás no son tan importantes
y tú y yo debemos comprender
que estamos en el mundo nuevamente...

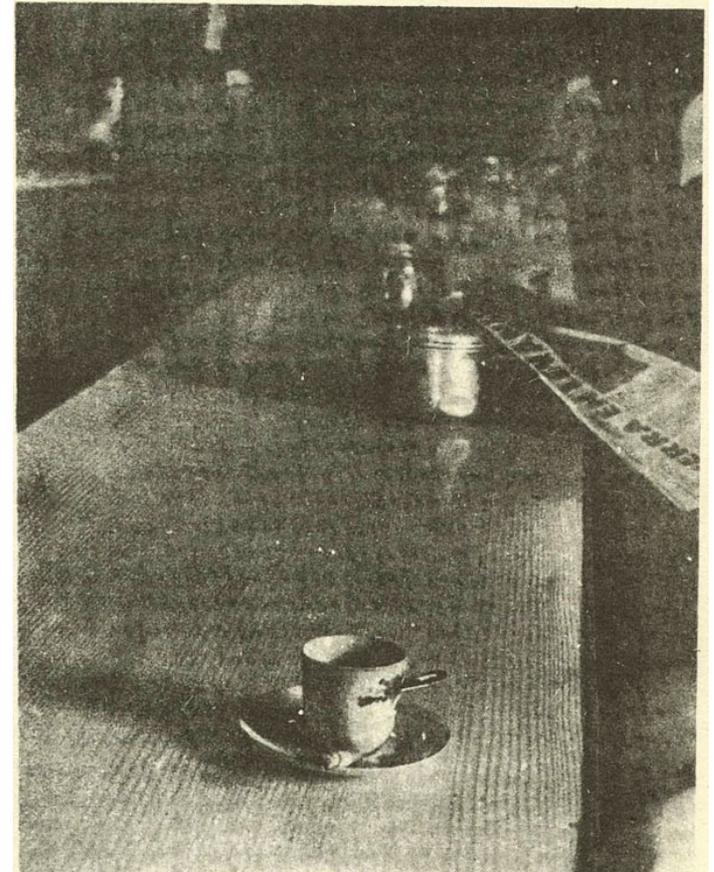
Todo sucederá

Todo sucederá,
y esta sonrisa sucederá también.
Los hombres con sus "antes" y sus "como"
también sucederán, como la noche...
Al atardecer alguien se anudará la corbata
y echará unas monedas al bolsillo,
bien habrá quien respire hondamente
en un balcón...
Todo sucederá,
y una muchacha perfumará el pañuelo
de su amante,
tal vez se suicide en algún sitio
para que sus amigos la entierren
tristemente.
Esta sonrisa sucederá también,
y las palomas, los silbidos,
cada minuto, las pisadas,
los niños con su trompo en las aceras,
todo sucederá, sucederemos,
haremos cosas cada día
y nunca el día alcanzará completamente...
Tú caminarás con un poco de amor
entre los ojos,

mirando el mar, más verde sin tu muerte,
hombres te esperarán, dirán palabras
y después perderán su antiguo rostro.
Vendremos tantas veces! Otras habrá que
renunciar,
cerraremos alguna puerta,
cortaremos una flor,
tal vez diremos cosas en voz baja,
será como quitarse un antifaz,
como reconocer a un viejo amigo,
excusarnos en medio de la soledad.
Pero sucederá,
y esta sonrisa sucederá también,
y los sollozos,
el abrazo más fuerte,
la mañana buscada alegremente hacia los
parques,
sucederá el olvido,
sucecemos...

La mañana

Esto es apenas la mañana.
Una rápida voz, algún pájaro
erguido unos instantes
sobre el cordón eléctrico...
La mano fresca encendiendo la radio,
suavemente,
el pescado, como una espada azul,
en medio de la cesta...
Vendrá una voz después,
la voz de una mujer
que ofrecerá su cuello,
su amistad,
pero que seguirá nerviosamente entre
nosotros.
En tanto, esto es apenas...
Las letras negras en el diario,
la camisa de la noche anterior,
y el café, cuando en la mecedora
tratamos de ordenar
rápidamente nuestros pasos...
Luego, una palabras,
las escaleras...
El día avanzando
entre colores brillantes
y las voces...



Belicia, hoy quiero cantar...

Belicia, hoy quiero cantar delante de tus
ojos,
junto a tu gesto amargo.
Mi voz puede narrarte este momento
en que una niña retoza en tus piernas
y la mariposa cruza en la brisa
hacia el oscuro tronco del almendro;
pequeñas, pequeñísimas partículas de polvo
ascienden por un rayo de sol, buscan el
viento
y desaparecen...
Tú quizás no lo adviertas,
pero ahora hablas con palabras corrientes,
te preocupan las cosas que a todas las
mujeres
molestan alguna vez,
las cosas que nunca mencionaste en otro
tiempo...
Yo, junto a tí, pienso y sufro,
siento este momento que se va,
la mecedora de metal,
cartas que debo escribir,
todo lo sufro,
lo comprendo...

Yo sé que el tiempo es todo esto
irremediable,
la infancia con su luz,
toda la mentira,
las equivocaciones,
tú,
tú, Belicia, eres también el tiempo...
Ahora la niña retoza entre tus piernas
y yo podré mirar hacia las casas con
jardines,
pero mañana no será esto otra vez,
además, estás tan disgustada...!
Si yo te dijera en voz alta estas palabras que
escribo
entonces te sería fácil
comprenderlo todo,
el desencuentro,
lo que dejamos de ser
como quitarnos un anillo...
Pero en verdad, quizás no esté del todo
bien,
tal vez yo quiera mostrarte
un lado demasiado feo del mundo.
De todos modos, Belicia,
si levantas tus ojos
verás pequeñísimas partículas de polvo
buscando el viento,
desaparecer...

Si he llegado a tus manos

Si yo no fuera así
probablemente no te hubiera conocido.
Si he llegado a tus manos
es porque tengo esta manera que se atreve
a defender los pájaros,
es porque no he podido olvidar los pequeños
anzuelos,
las mariposas,
los pantalones a colores,
ni las colinas que ascendía algún domingo
en mi niñez...
Si he podido llegar a tí,
si he podido encontrarte
cuando más duro era el viento,
más sordas las palabras,
es porque soy capaz de sentirme contento
con el hombre que pasa bajo mi balcón
arrastrando sonoramente unos toneles,
porque puedo hablar en paz
con el anciano de corbata roja
y reír nerviosamente en tu presencia...
Si he puesto mi cabeza
sobre tu hombro ceniciento
y te veo como quien regresa tristemente
del entierro de algún amigo de la infancia,

es porque le temo a muchas cosas todavía,
porque recuerdo un árbol cargado de
murciélagos
y una muchacha pobre que usaba cinturones
amarillos...
Si no no fuera así,
probablemente entonces no hubiera
preferido
tu boca de rosa muerta,
ni tus ojos ofensivos,
ni tu piel de niña violada tempranamente...
Entonces hubiera permanecido en la
soledad,
junto a un escritorio brillante
o en una sala, tal vez, rodeado de
muchachas
que ríen con cajas de bombones en las
piernas...

El diario caminar...

En la ciudad
el mar besa levemente los cristales,
busca las piedras,
los metales con luna,
el cabello de las altas muchachas...
El mar nos trae canciones
para los que van a dormir
cerca de las ventanas.
Una mano encenderá una luz en esta hora,
será cuando la espuma estalle
y yo piense en el niño y el hombre
de otra ciudad.
En la mujer con su guitarra
en el último balcón,
al viento...
No podré esta noche
tocar los pies de los que pasaron.
Levantar el puñado de polvo
y en él reconocer otras miradas,
rotos labios quedados en una época de
olvido.
Hay mar y noche suficiente
para rodear todos los muros,
para entrar, para tocar el borde de los
lechos,

para llegar a la garganta
de alguien que prefiere cantar...
Tal vez la muerte nos hallará
en este mismo lugar, no como antes,
no sobre algún hombro enrojecido.
Nos hallará en los dinteles,
junto a las puertas,
limpiando los instantes,
preparando el amanecer,
los viajes repentinos...
No será como aquella vez
cuando, sentada junto a mí,
tomabas las cosas de otro modo...
Ahora iremos reconociendo las esquinas,
los trabajos,
las vidrieras,
el diario caminar hacia otro tiempo...

En la ciudad

Nuestra ciudad
recibe con el día
todo el viento del mar
y lo festeja en las banderas,
en los toldos rayados...
El hombre se ajusta el sombrero
y camina mirando las ventanas.
La mujer levanta la nariz
y el viento marca sus pechos
bajo el traje.
Alguna gente entra en las cafeterías,
los amantes piden sandwiches y café
y encienden cigarrillos,
luego se van hacia las oficinas.
Los automóviles cruzan suavemente
con pasajeros que leen el diario
o van con cierto temor a su trabajo...
Yo voy por la ciudad recién despierta,
paso junto a las confortables
oficinas bancarias
con muebles amarillos o azules,
y escritorios amablemente dispuestos
cerca de los cristales.
Aspiro en las esquinas
olor a nafta

recién quemada aún.
Veo anuncios de otros países, a colores,
y hermosas secretarias
con párpados hermosamente amoratados...
Paso bajo los árboles,
entre los vendedores de revistas.
Veo los hombres
que van con bultos de cuero
hacia los ascensores.
Las altas señoras de pelo gris
y piernas verdaderamente bellas.
La niña con un lazo como una mariposa.
El muchacho con zapatos de tenis
y un libro bajo el brazo...
Nuestra ciudad recibe todo el viento del
mar.
Yo, por mi parte,
he pensado en tí, Belicia,
con tu pelo tan suave como la piel.
Y en tí, Eurídice,
moviendo las caderas y riendo...
Y entre las dos, Amancia,
con sus ojos de miel
y tanta capacidad de amar
como los pueblos...!

Han empezado...

La mujer, en la ciudad,
empieza el día semidesnuda, cantando.
El hombre, en la ciudad,
aspira el aire
y se aprieta el cinturón de cuero.
El hombre y la mujer empiezan a llenar la
casa
con sus pasos...
La mujer se perfuma
y dice algunas cosas a los niños.
El hombre abre el refrigerador
y hace preguntas.
El hombre y la mujer
empiezan a llenar el día
de palabras...
La mujer, en la ciudad,
se ha pintado los labios
y guarda algo en su cartera
de color de fresa.
El hombre, en la ciudad,
ha tomado el café
y junto a la puerta
se pone el saco y el sombrero...
En la ciudad, el hombre y la mujer
han empezado a llenarse de tristeza...

Esta dulce mujer...

A esta mujer
la asesinaron un día
con una sola palabra.
A esta mujer la asesinan diariamente
con otros nombres
y palabras cantadas sobre el hombro.
A esta mujer la asesinaron una tarde
con besos y alegría junto al mar,
le tocaron las manos
y fue como tocarle el corazón
con una uña.
A esta mujer la están asesinando cada
noche
con ternura y palabras dichas en la sombra.
A esta mujer la asesinan
con miradas desde los balcones y los
escritorios;
la asesinan alguna vez el estudiante
bajo las arboledas,
el poeta, mi hermano, desde su canto
extrañamente venido de la infancia,
o el taxista,
el joven por un instante amigo de la muerte.
A esta mujer la asesinaron una tarde
con unas letras y un beso entre los amigos.

Le tomaron los cabellos
y ella sonrió
como el niño que no entiende ciertas
cosas...

A esta mujer la asesinan por las mañanas
con canciones y llamadas telefónicas,
y ella se pone un prendedor
porque no sabe de su muerte...
Esta mujer se peina y se danza
y camina suavemente
como apoyándose en la brisa...
Esta dulce mujer
asesinada...!

Esta ciudad...

Esta ciudad
en la que dejarás, tarde a tarde,
tus perfumes,
tus cabellos,
como se dejan cosas olvidadas
en la casa que habitamos alguna vez.
Esta ciudad
en donde quedarán tus pasos
largamente tendidos, cruzados,
un poco a tientas quizás.
Esta ciudad
en la que dejarás
noche a noche
tu rostro en los espejos,
tus manos, tu calor
sobre el muro de tu balcón,
sobre las llaves,
sobre los libros.
Esta ciudad
en la que mirarás el mar
y a los amigos,
y a las otras personas,
en tanto que tus labios dirán palabras
que muchos jamás sabrán que
pronunciaste.
Esta ciudad

en la que amarás tantas veces
con ojos de animalillo inofensivo.
En la que olvidarás
y dejarás caer un poco de llanto.
Esta ciudad
en la que entrarás acompañada
en los cinematógrafos,
en los restaurantes con música,
y en la que muchas veces
te dejarán en la soledad,
olvidarán tus ojos,
se borrará rabiosamente
el sabor de tus labios.
Esta ciudad hermosa
donde tienes tu casa,
tus trajes,
tus cuadros,
tus jarrones con flores,
en la que tomas el taxi
y vas a tu trabajo resueltamente
con el rostro más bello que mañana...
Esta ciudad
en la que te fatigas y recuerdas
y huyes de ti con mucho miedo,
con el temor de entristecerte demasiado.

Esta ciudad
no te olvidará ni un solo instante,
como todos, estás para esta muerte...!



Tu, que hablas...

Tú, que hablas tan cerca de las cosas,
devorando estos instantes,
el pedazo de cielo, los árboles,
el brillante cristal,
edificios enteros...

Tú, que repasas el vaso,
los botones,
el verde sillón,
la muñeca de pelo gris,
con esa mirada
llorada como el mar algunas tardes...

Tú, mujer,
muchacha amiga, transeúnte,
de pantalón azul
y cabello caído en la pared...

Tú, que sientes como yo
la tarde desprendiéndose,
cayendo desde los altos apartamentos
sobre los automóviles,
y los parques con niños,
y los toldos rayados...

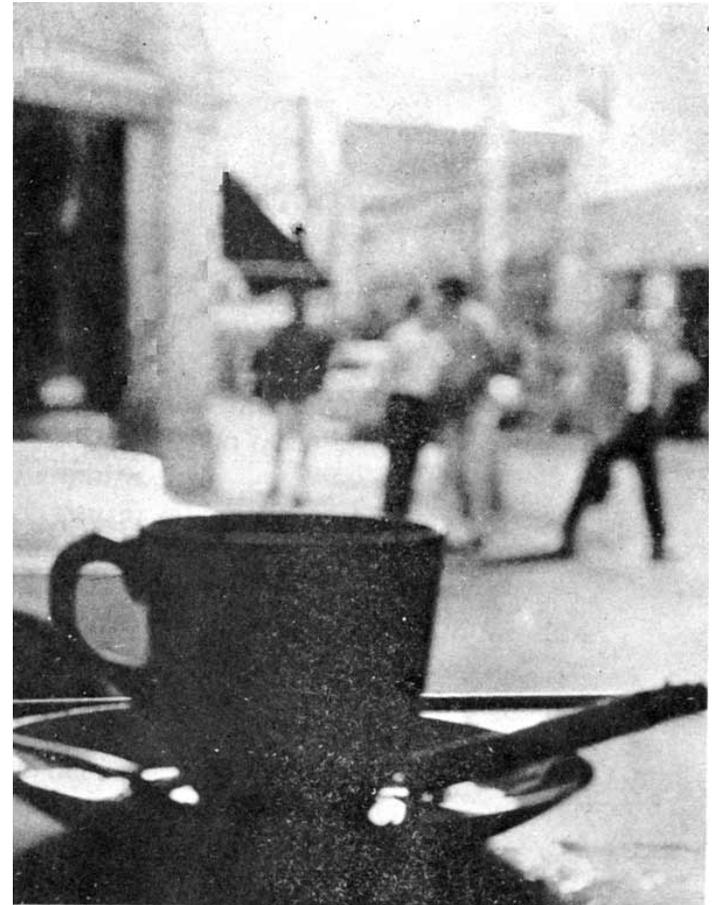
tú, que sientes esta pequeña sala
estrechándose contra la lámpara amarilla,
contra la botella de whisky,
contra este Andy Williams

que gira en tu consola...
Tú, que esperas como yo
que la semana gire
las noches giren,
y los ascensores
y las pastillas,
y giren hombres y mujeres,
hasta que el día llegue,
llegue esta tarde,
este aire del mar,
esta húmeda lengua del crepúsculo...
Hasta que llegue este momento
en que nos damos cuenta
que toda la ciudad
la devoramos juntos
con palabras y whisky en esta sala...!
Tú, que hablas tan cerca de estas cosas,
me convences como nadie
de que el amor, entre nosotros,
es un serio trabajo de la muerte...

Si nos atrevemos a salir...

Si nos atrevemos a salir
moriremos sobre las aceras mojadas,
sobre un charco de luz azul, rojiza, blanca...
Si salimos agarrados por la cintura
vamos a morir seguramente
delante de una botella oscura,
sorbo a sorbo, riendo,
mirándonos como dos peces nocturnos,
trágicamente engañados...
Si nos decidimos a salir,
tomaremos una calle, y otra,
pasaremos bajo algunas oscuras arboledas
para finalizar
agarrándonos desesperadamente las manos,
agonizando, despidiéndonos,
bajo un gran ruido de palabras en la
oscuridad.
Si nos atrevemos a salir,
nos matarán los otros.
Nos obligarán a pisar un pedal,
a tragar rápidamente letreros, paredes,
alguna voz,
a huir toda la noche
como buscando a nadie.
Nos matarán los otros...!

Si salimos, juntando las cabezas,
vamos a dar contra el color de los Coney
Island,
contra el grito y las monedas.
Terminaremos con la cabeza rota
junto a un "jack pot".
Arrancando cabellos de aserrín
a una muñeca...
Si nos decidimos a salir
nos acuchilla un trompetista.
Nos bailan, nos escupen, nos registran,
nos echarán a la calle, sollozantes.
Nos arrancarán el nombre, si salimos.
Nos comerán miradas por la espalda,
nos ahorcarán,
nos besarán con hambre, como perros...
Si salimos ahora,
nos iremos a un parque a recordar...
No habrá llanto,
porque ni siquiera a llorar nos atrevemos;
te alisarás el traje con las manos...
Y no tendremos tiempo suficiente
para saber que el tiempo nos acaba...
Si nos atrevemos a salir,
nos suicidamos...



Y no importa...

Te llamas Vicky, Luisa, Aura, Rosa,
y no importa...
Puedo decirte esta mañana que te amo
con igual nerviosismo con que se dice
"me estoy poniendo triste",
y no importa...
Puedo pensar que esa taza de café
delante de tí,
junto a tus manos,
es un oscuro pozo donde empiezas a
hundirte
desde las ocho menos cuarto,
víctima de toda una vida nómada, desolada,
tonta,
y eso no importa...
Puedo decirme: "esta muchacha se secará
los labios
con una servilleta, tomará su cartera,
y saldrá con los ojos nublados
a la calle..."
y esto tampoco importa.
Tampoco importa el recuerdo de un viaje
a Nueva York,
con botas en la nieve
y un triste intento del amor

en casa de unos primos...
Son cosas que no tienen importancia.
Tal vez pudiera ser importante
el vaso de agua a las diez de la noche
y la pastilla para el sueño,
la dulce intención
con que te miro en este instante
en que toda la ciudad
es un amplio recinto
donde la brisa pasa entre los árboles,
y caen las hojas sobre las estatuas,
y se tiene aún la oportunidad
de estar triste,
de sentirse un poco abandonado,
y de llamarse Antonio, Carlos, Pedro,
Mario...
Pero esto, seguramente, no tendrá
importancia alguna
mientras sea mucha la gente
que, al igual que nosotros,
se pone un suéter
y cuenta las monedas dentro del taxi
y se queda en una esquina de esas
donde alguna vez alguien nos ha dicho
que nos deja de amar desde ese instante...
Yo puedo acercarme a tí,
hablarte de un filme en que Patricia Gozzi
parece una muñeca trágica,
invitarte a ver el crepúsculo

detrás de los edificios del Centro de los
Héroes...
Tú me dirás tu nombre absurdamente,
como quien ofrece su mano
se declara culpable.
Pero eso no tendría ninguna importancia,
no cambiaría nada,
todo seguiría igual,
tristemente igual,
desoladoramente igual,
el mismo pesado sueño entre los ojos,
el mismo corazón lleno de niebla,
la misma cabellera penosamente recogida,
la misma niña que fue al colegio
en un autobús amarillo,
el mismo edificio gris
con ventanas de cristal,
la misma mano perfumada extrañamente,
la misma mañana,
la misma voz,
esta misma forma de morir
que tiene una muchacha
llamada Vicky, Luisa, Aura, Rosa,
ante una taza de café,
víctima de toda una ciudad,
de toda una vida nómada, terrible, tonta...
Pero que, al fin, son cosas
sin ninguna importancia...



Este es un juego triste...

Este es un juego triste,
inexcusablemente triste.
Y lo peor, uno lo sabe
aunque aparentemente no le da ninguna
importancia.
Pero es triste,
detrás de las palabras
y aún de algunos sueños
de esas cosas que uno sabe
particularmente inútiles.
Y lo peor, uno levanta la mirada,
y de repente reconoce
que es hermoso el cielo entre las ramas,
y entonces, estás tú,
respirando inexplicablemente en paz,
con tu cabello dócil, liso, leve,
con el imperturbable rostro de veintitrés
años
vividos en alegres paseos
y esas tardes de cine, olorosas a menta,
y revistas maravillosamente ilustradas.
Y no,
ya no es el mismo hombre
que anoche hablaba
del calor que ha hecho en este mes,

del alto precio del transporte,
de Raquel Welch,
de algunas muertes extrañas,
y de esas cosas indiscutibles
que se hablan
cuando ya el día pesa en las pestañas
y uno recorre ciertas calles
con la amarga impresión
de que habrá de caer una vez más
en la espantosa soledad del sueño.
Porque, entonces, estás tú.
Y ya no puede haber ciudad
donde los hombres andan
con un presentimiento grave en la mirada,
donde los diarios traigan
esos descorazonados titulares
de la primera plana,
y un niño sienta
el mismo odio que nosotros
mientras nos lustra los zapatos.
Porque, entonces, estás tú;
tan dulcemente junto a mí,
que hasta puedo engañarme con tu risa
y llegar a creer
que éste es un día alegre
y que en esta ciudad
podremos retozar entre los árboles
y cantar, como los niños de Mary Poppins,
sobre suaves caballos de un Tiovivo

que gira en otra edad.
Entonces, te acaricio
con la simple ternura de un muchacho
que nunca ha visto un Strip-tease,
ni sabe que el amor tiene dos caras
perfectamente absurdas, imposibles.
Y es necesario mirar hacia el otro lado del
parque,
al edificio gris de altas ventanas
donde una mujer está peinándose
de un modo feroz
y un niño permanece con las mejillas rojas.
Es necesario ver los hombres
caminar apresuradamente
como quien teme perder la última guagua;
las muchachas de cabellos dorados
y párpados sombreados
para el llanto.
Te miro entonces sobre mis espejuelos
ahumados,
siento tu irreprimible candidez,
el mundo de esperanzadas tentativas
que gira limpiamente en tu mirada.
Y no sé, pero en esta mañana de Marzo de
1967,
me siento como siempre,
defraudado...!

Preferiré recordar...

Preferiré recordar
que te peinabas
con el cabello en dos mitades
melancólicas...
Aquella súbita ola de tristeza
que te golpeaba
en un lugar cualquiera de la conversación
y te abatía en un amargo cigarrillo,
en una perdida mirada a la pared
en donde nada ocurría,
más que la terrible ofensa
que nuestra presencia desataba...
Preferiré recordar
que alzabas ligeramente al andar,
y que reías atrevidamente
como quien lo hace
dos minutos antes del suicidio...
Es menos triste todo esto
que hablar de las mentiras,
de la ceniza que fuimos dejando sobre las
mesas,
de tanta atropellada sonrisa
con la que asesinábamos las tardes enteras.
Nuestra errante locura
bajo nebulosos carteles
y luces que lloraban

la alegría feroz de la ciudad
en las primeras horas.
Preferiré recordar
que eras trágicamente mujer,
que peinabas tu pelo
en dos mitades pavorosas,
y que tenías los muertos ademanes
de una niña abandonada en una feria...
Será menos triste
que hablar de mañanas brillantes
como monedas,
de aquel frustrado intento
de creernos en paz
cuando en verdad
todo era poco menos
que una modesta ceremonia del fastidio...
Será mejor que recordar
aquella despellejada ciudad
que veíamos con ojos irritados
cuando la madrugada comenzaba en el olor
de las fábricas,
y el vestido negro te caía febrilmente
desde el hombro...
Será mejor que llorarte otra vez
con aquella triste y pegajosa
sensación de muerte,
que lamentar la absurda suavidad de tu piel
en un mundo de niebla, de letreros,
de ruidos eléctricos,

de saxos sollozantes.
Será mejor que buscar en la sombra
tus labios ateridos
y decirte, como los muchachos estudiantes,
"...esta noche nos hemos divertido..."
Porque ya sólo nos quedan ojos
para estrujarlos dolorosamente en las
vidrieras,
para ver la lluvia sordamente caer
entre arrugados papeles y zapatos,
para mirar este otoño
con extrañas mujeres
en cuyos rostros la ciudad
se burla de nosotros.
Porque para todo hay un tiempo, nada más.
Después nos descabeza el hastío.
Nos arruinamos en gestos
y feroces intentos.
Nos vamos quedando en una amarga
soledad,
en una inexorable soledad
de café, de implacables ojeras, de ceniza...
Sería demasiado triste lo demás.
Buscarte junto a los muros grises,
entre los árboles y las estatuas
y la risa irreprimible de muchachas
que no han cumplido treinta años...
Preferiré recordar que te peinabas
con el cabello en dos mitades espantosas....!

No era esta ciudad...

No era esta ciudad.
Habían muerto los ruseñores de metal
en las ferreterías,
se incendiaron las piernas
de los maniqués,
y las tiendas de los discos
se llenaron de polvo
y del lamento de las calles.
No era esta ciudad. Te lo repito.
No era esta ciudad,
porque entonces las muchachas perdieron
sus cabelleras de pronto,
y fuimos aprendiendo
a fumar impasiblemente
junto a la perdida mirada de los muertos...
Hubiera sido completamente absurda
esta ciudad,
nadie se hubiera acercado a las vidrieras
a ver trajes de baño,
máquinas de afeitar,
pantalones McGregor,
nadie hubiera intentado
pensar en este amor de palabras oscuras
detrás de copas de Martini,
en estos altos pisos

donde el rumor de la vida
nos aprisiona,
nos empuja a besarnos,
nos deja llorar
y luego con el dorso de la mano
nos hace aparecer
con el rostro tan limpio como siempre...
Pero no. No era esta ciudad.
Puedes acercarte al balcón,
mirar la verde copa de los árboles,
respirar hondamente
y extender tu mirada
sobre los rojos tejados;
nada te hablará de aquella voraz llama,
de aquel rugido ardiente
que nos lanzó de pronto a las paredes,
que descolgó ruidosamente
las lámparas del techo
e hizo morir apresuradamente
los peces de colores,
los ositos de lana,
las muñecas...
Hoy eres tú,
el cuello perfumado,
la cabellera recogida,
la nariz dilatada
en el frío viento de la tarde.
Hoy eres tú, y soy yo
con espejuelos ahumados

y el cigarrillo perfectamente encendido
para el tedio...
Aquella ciudad quedó tal como estaba,
los zapatos vacíos,
las uñas chamuscadas,
las paredes caídas,
las sucias humaredas...
Aquella ciudad no la hallarás ahora
por más que en este día
dejes caer la frente contra el puño
y trates de sentir...
No, no era esta ciudad.
Te lo repito...

No estaremos tú y yo...

No estaremos tú y yo
para cortar con nuestros rostros
la llovizna.
Para soltar una paloma,
y que ésta vuele con el perfume de tu anillo
entre las alas...
No será tu índice,
tu dedo índice que muerdes
en algunas horas de tristeza;
no será tu voz trepando estos viejos muros
de la ciudad
en los que alguien escribió su nombre
alguna vez,
alguna vez,
alguna tarde polvorienta
de un verano de árboles decididamente
verdes.
No habrá dulzura de tus ojos
para llenar el cielo
en un gesto hacia atrás, de tu cabeza.
Las sucias esquinas en donde se amontonan
periódicos y restos de cigarrillos,
tú y yo
y la cámara Instamatic,

los sellos de correos con la efigie de
Kennedy,
todo ese mundo reflejado
en hermosas postales,
en esas fuentes a las que los turistas
arrojan monedas
y luego asoman con una sonrisa deforme
entre las aguas,
no será nuestro mundo,
el mundo donde Viet-Nam
es algo más deprimente aún
que cuatro páginas de Life
en un verde extrañamente militar
y echarnos ron y soda
y tres cubitos de hielo dentro del vaso,
y alzando la barbilla decimos: "O'key, ¿y
entonces qué?"
No será ya más nuestro mundo,
porque desde mucho antes
habremos dejado de ver los nuevos edificios
de quien sabe cuántos pisos
en donde necesariamente habrá alguna
librería,
ni sabremos que la energía nuclear
quedará reducida a usos perfectamente
simples
para entonces...
en este mundo no estaremos tú y yo.
No iremos a ver una pelea de Teo Cruz

un sábado en la noche,
ni te retocarás el peinado
a la salida de un cinematógrafo.
Porque no estaremos tú y yo
para amarnos de este modo suicida
en que lo hacemos,
ni tendrás esos ojos que hoy pueden ver
el Lincoln Center,
la Plaza Roja,
el Astródomo de Houston,
y llorar una mañana camino a tu trabajo
en una avenida llena de árboles y carros...
Otras muchachas vendrán con veinte años
y la cartera llena de lápices de labios,
y el café de las cinco en la calle El Conde
será para otros jóvenes
que no tendrán por qué recordarnos
cuando Rusia haya enviado su nave 240
con pasajeros a la luna.
Entonces, los satélites CCCP y USA,
"sin llorar jamás desde sus órbitas"
estarán a muchos miles de kilómetros
por sobre la cabeza de otros amantes
despreocupadamente alegres
que en las calles del mundo
cortarán con sus rostros la llovizna
y llorarán, tal vez,
por alguien que murió con un tiro en la
frente

en algún sitio.
Otras muchachas vendrán, otros amantes,
que cantarán en Grecia por las noches
o irán a los teatros de Moscú, de Praga,
Lima, Chile, Buenos Aires,
se estarán aquí tristemente con las manos
cogidas
pensando en que mañana todo concluirá
con un gran estallido.
Pero ya, antes de todo eso,
habrán muerto millones de soldados
en la primera plana de los diarios,
el hambre habrá perdido su importancia,
los Beatles, Paulo Sexto,
el Ku-Klux-Klan,
estarán enterrados para siempre
junto con las declaraciones de guerra,
los delegados de la ONU,
y las muchachas que, como tú,
perderán lentamente la sonrisa
y morirán también
en las últimas tardes de un tiempo
en el que tuvimos nuestra correspondiente
parte
de llanto, de miedo, de alegría...
Resulta, en cambio, simple esta verdad:
No estaremos tú y yo, sencillamente...!



• **ÍNDICE**

- El viento frío----- 9
- Belicia, mi amiga... ----- 12
 - Todo sucederá----- 15
 - La mañana----- 17
- Belicia, hoy quiero cantar... ----- 19
- Si he llegado a tus manos----- 21
 - El diario caminar... ----- 23
 - En la ciudad----- 25
 - Han empezado----- 27
 - Esta dulce mujer... ----- 29
 - Esta ciudad... ----- 31
 - Tú, que hablas... ----- 35
- Si nos atrevemos a salir... ----- 37
 - Y no importa... ----- 45
- Este es un juego triste... ----- 44
 - Preferiré recordar... ----- 47
 - No era esta ciudad... ----- 51
 - No estaremos tú y yo... ----- 55